

## La teoría económica y su enseñanza, en cuestión. Dossier



Este Dossier consta de los 3 siguientes textos:

- 1) Philip Pilkington: “La visión del mundo sraffiana y la visión del mundo marginalista: buenas razones para el pluralismo académico”
- 2) Ha-Joon Chang y Jonathan Aldred: “Después del crack, necesitamos una revolución en el modo de enseñar la economía”
- 3) Matías Vernengo: “Los debates sobre el ‘capital’: una breve introducción”

### 1) Philip Pilkington: “La visión del mundo sraffiana y la visión del mundo marginalista: buenas razones para el pluralismo académico”

Como señalé ayer, las controversias sobre el concepto de “capital” han regresado. Ahora, una vez más, hay una serie de cuestiones importantes en estas discusiones. Una de ellas es la métrica del capital, ya que ésta lleva a algunas críticas muy profundas sobre el uso de las funciones de producción en el trabajo empírico. Pero quiero seguir en el mismo tema que discutí ayer, esto es, la distribución de la renta.

A los economistas convencionales les cuesta entender por qué los post-keynesianos y sraffianos se entusiasman con estas cosas. A fin de cuentas, insisten, sus modelos marginalistas pueden tomar en cuenta varios aspectos de la desigualdad de la renta. Y lo que es mejor, puedes hacerlo sin asumir que el capital y el trabajo reciben una fracción de la renta nacional en línea con sus productividades marginales. Esto es, como señalé ayer, totalmente cierto.

Un comentarista regular de este blog que responde al nombre de ivansml hizo este mismo comentario en el blog de Vernengo. Escribió esto:

*El equilibrio competitivo es solo un tipo de estructura de mercado. En los mercados con monopsonio o negociación, los salarios no tienen por qué ser iguales a la productividad marginal del trabajo... Soy consciente que los autores sraffianos rechazan el marginalismo (al menos la idea básica). Consciente, pero escéptico. No veo ninguna evidencia de que los modelos de equilibrio general desagregados padezcan inconsistencias lógicas, sólo porque*

*Sraffa construyera un modelo donde los precios son indeterminados – si ignoras la demanda y las preferencias, entonces por supuesto encontrarás que tienes más incógnitas que ecuaciones, y los modelos sraffianos pueden darles un papel como casos especiales dentro del marco de Equilibrio General de todos modos (Hahn, Cambridge J. Econ. 1982; Mandler, Rev. Econ. Stud. 1999). Pero supongo que la estrategia retórica de aquellos convencidos, un rechazo global de la teoría neoclásica como un modo de evitar entrar en argumentos sustanciales, funciona bastante bien.*

No quiero abordar aquí a algunas de las cuestiones técnicas en detalle: me limito a señalar de paso que es hartamente conocido que los modelos de Equilibrio General padecen problemas de lógica, como se muestra en el teorema Sonnenschein-Mantel-Debreu. Lo que quiero, empero, es abordar el tema globalmente.

El punto en el comentario de ivansml es que los sraffianos dicen lo mismo que los teóricos del Equilibrio General, solo que en una forma de caso especial. Este es un error cometido a menudo por los economistas convencionales – y a veces, aunque menos a menudo, por los autores heterodoxos–, un error que los hace miopes, los aísla y les enquistas en una arrogancia insesible a cualquier necesidad de pluralismo académico. Básicamente, es el error de desconocer lo que un modelo económico es y qué hace.

Un modelo económico es un conjunto de parábolas. Intuitivamente, cada economista debería conocer esto. Haces unos supuestos –un marco para una narración lógica–, y entonces sigues esos supuestos hacia un punto final de la narrativa. Pero los supuestos no son arbitrarios. De hecho, yo diría que son la clave de todo el modelo y de lo que transmite.

Pensad en esto como si de un guión cinematográfico se tratara. Los supuestos le dan a la historia una estructura narrativa. Eso determina si el modelo es sraffiano o marxista o marginalista, en el caso de la economía, o determina si es una película de terror, una comedia o una peli romántica, en el caso de un guión de cine. Diferentes estructuras narrativas –o géneros, si se quiere– transmiten diferentes cosas a la gente que los usa.

Hay muchas características que hacen, en este caso, los modelos sraffianos diferentes de los modelos marginalistas. Pero quiero centrarme en cómo las dos narrativas ven los precios y la distribución. Para hacerlo, expondré dos cortas parábolas. Estas no son en sí mismas modelos sraffianos o marginalistas, pero captan bien las diferencias en las estructuras narrativas.

### **Parábola 1 – Al principio hubo precios**

En la Isla marginalista, muchos hombres y mujeres viven en coexistencia pacífica. Han establecido para sí mismos un sistema de derechos de propiedad y utilizan el dinero, el intercambio o un numerario para comerciar entre sí. Hay un número dado de bienes y servicios en la economía. Estos incluyen servicios laborales, y han acumulado capital previamente. El capital es una acumulación de ahorros pasados –la gente sustituye el consumo en un momento dado en el tiempo para poder consumir en otro momento en el tiempo–, incluyendo servicios laborales. La gente tiene un conjunto de preferencias y quiere maximizar su utilidad en la línea de éstas. Se encuentran todos en un momento dado del tiempo, e intercambian sus bienes y servicios (incluidos servicios laborales). Los precios se establecen por un proceso de trueque gobernado por un subastador y los beneficios se igualan a través de la competencia. Las personas dejan su trabajo una vez su deseo de ganar una remuneración dada se compensa por su deseo de ocio. Mientras que los propietarios del capital son compensados por la renta que generan el uso de sus máquinas (o lo que sea)

### **Parábola 2 – Al principio hubo distribución**

En la isla de Ricardo muchos hombres y mujeres viven en una coexistencia nada pacífica. Los derechos de propiedad están establecidos y utilizan el dinero, el intercambio o un numerario para comerciar entre ellos. Otra vez, hay un número de bienes y servicios en la economía, incluidos servicios laborales y capital previamente acumulado. Ese capital es una acumulación

de insumos de trabajo pasados: es el resultado del trabajo pasado de personas para producir bienes que aumentarían su productividad en el futuro. Las personas no tienen un conjunto de preferencias y se preocupan poco de la utilidad: el modo en que consumen es arbitrario o sujeto a reglas generales que no nos conciernen. Se encuentran todos en un momento dado del tiempo e intercambian sus bienes y servicios, incluidos servicios laborales. Pero el encuentro no es entre gentes que negocian e intercambian. Sino que unos cuantos en la comunidad tienen poder sobre las otras partes de la comunidad e intentan usarlo para negociar qué cantidad de la renta total será para ellos. Algunas personas de la comunidad poseen más capital que otros, e intentan mantener los salarios bajos, a fin de maximizar sus beneficios; pero los beneficios de los distintos propietarios de capital se verán igualados por la competencia. Los precios que el sistema genera al final estarán completamente determinados por la desigual distribución de los recursos entre distintos grupos.

## Volviendo a la tierra

¿Véis la distinta estructura narrativa de los dos escenarios? Espero que sí, porque, si no, probablemente seáis unos dogmáticos que tratáis de reducir una de las narraciones a la otra: tipos incapaces de tolerar diferentes perspectivas y empeñados en reducir todo a la propia perspectiva, pretendidamente única. En tal caso, os sugeriría buscar ayuda familiar o con os amigos.

Para todos los demás debería estar claro que la estructura narrativa de las dos parábolas es diferente. De manera muy resumida: en la historia marginalista sobre los precios, éstos se establecen mediante las preferencias, y la distribución viene luego; mientras que en la perspectiva sraffiana son los precios los que derivan de la distribución. Sí, podríais añadir más elementos a cualquiera de las dos historias. En la marginalista, por ejemplo, podríamos introducir los sindicatos y los monopolios. Pero eso no alteraría la estructura narrativa. Y la estructura narrativa es lo que es interesante. ¿Por qué?

Porque, como hemos dicho, esto son simplemente parábolas, historias, ficciones. Así son los actuales modelos que los economistas de cualquier tradición trabajan. No existe una verdad inherente a esas historias; son simplemente historias. Pero son historias que colorean nuestra visión del mundo. Si vemos el mundo en línea con la Parábola 1, tendremos una visión muy diferente que la que tendremos si lo vemos en línea con la Parábola 2. Diferentes perspectivas aquí entrañan diferentes perspectivas a la hora de ver lo que ocurre en el mundo.

Cuando comenzamos a estudiar economía, inevitablemente adoptamos una estructura narrativa. Esto tendrá un enorme influencia en la forma de pensar sobre el mundo. Los menos autoconcientes —y tristemente, los economistas son generalmente menos autoconcientes que los cultivadores de otras ciencias sociales— modelarán nuestro mundo por vías que nosotros mismo seremos incapaces de reconocer.

El problema de hoy es que a los estudiantes de economía solo se les ofrece una estructura narrativa. No se les da elección. Cuando les llega el momento de ver otras perspectivas, ya no son capaces de distinguir las diferencias, y tratan de reducir todo a su propio punto de vista (bueno, no todos, pero la mayoría). Es más: el grueso de los estudiosos que se han inclinado hacia una perspectiva narrativa más amplia —es decir, más plural— se han visto expulsados de la disciplina académica. Ocurre incluso que a aquellos que fueron meramente expuestos a diferentes perspectivas desde el principio, les es muy complicado encontrar trabajo, ya que en el mundo en el que viven los demás se ha cerrado la mente a todo menos a su propia estructura narrativa.

Al final del día, podremos tener diferentes escuelas de pensamiento atacándose unas a otras. No está mal. Todo en aras de la diversión. Pero si se convencen de que la suya es la única manera de ver el mundo, la cosa se pone peligrosa. Es cuando el dogma se asienta y el pluralismo académico se aleja.

La visión sraffiana en economía tiene un comienzo institucional mucho más tardío en la academia, y en parte explica su marginación actual. Si está comenzando a labrarse su propio camino en los programas de economía académica, es una pregunta abierta. Que lo consiga o no, no depende de las estructuras institucionales de la academia. Los académicos privilegiados que solo entienden como verdadera su visión siempre intentarán defender sus privilegios. Están tan convencidos de que solo existe su propia visión, que ni siquiera se dan cuenta de que están marginando a otros. Son fanáticos. Necesitan ser superados por personas que quieran dar más opciones a los estudiantes y ofrecer un discurso más amplio en economía.

**Philip Pilkington** es asistente investigador en economía en la Kingston University de Londres. También es colaborador ocasional del diario británico *The Guardian* y mantiene un activo e interesante blog: <http://fixingtheeconomists.wordpress.com/>.

*Fuente:* <http://fixingtheeconomists.wordpress.com/>, 6 mayo 2014

## 2) Ha-Joon Chang y Jonathan Aldred: “Después del crack, necesitamos una revolución en el modo de enseñar la economía

Los estudiantes que reclaman que los cursos de economía fallan a la hora de explicar la crisis del 2008 están ganando apoyo entre las empresas británicas. Aquí dos académicos de Cambridge están de acuerdo en que ha llegado la hora de un cambio.

Todos los académicos suelen pensar que su ámbito de estudio es único: porque es particularmente difícil, porque es extraordinariamente útil, porque es excepcionalmente elegante, o por lo que sea. También nosotros pensamos que nuestro campo de estudio –la economía– es realmente única. Pero no estamos orgullosos de ellos. Todo lo contrario: nos avergüenza. Porque lo que hace que la economía sea tan singular es el hecho de que es la única disciplina académica en la que un número significativo y cada vez mayor de estudiantes están rebelándose en contra del contenido de sus cursos de grado.

El descontento ha estado gestándose desde que estalló la crisis financiera de 2008, cuando los estudiantes fueron conscientes de que sus profesores tenían poco que ofrecer como explicación a la mayor crisis financiera en tres generaciones, por no hablar de que muchos de ellos se habían mostrado firmes partidarios de la expansión financiera.

Recientemente, los estudiantes de economía de muchas universidades del Reino Unido – Manchester, Cambridge, el University College of London, Essex, la London School of Economics, la School of Oriental and African Studies– han empezado a organizarse para protestar contra del contenido de los cursos ofrecidos. Argumentan que sus grados no cumplen con su finalidad, es decir, que no los estudiantes no salen preparados para sus futuras carreras profesionales en el “mundo real”, o más generalmente, que no les dotan de una buena comprensión de las economías del mundo real.

Este fenómeno no es único del Reino Unido. Están brotando movimientos similares en los Estados Unidos, Alemania, Francia, Brasil, Chile, India y otros países. E incluso ahora se ha organizado una alianza internacional entre estos grupos de estudiantes bajo el lema International Student Initiative for Pluralist Economics (Iniciativa Estudiantil Internacional por el Pluralismo en la Economía).

Las quejas sobre el contenido de los grados de economía no solo vienen de estudiantes cuya arrogancia e idealismo juvenil podría hacerles ver toda teoría como insuficiente y toda política económica como una manifestación de alguna conspiración. De hecho, a estas protestas se

están uniendo, cada vez más, destacados empleadores del Banco de Inglaterra, de la administración pública y de la City [centro financiero de Londres].

Los empleadores se quejan de que los recién graduados en economía saben muy poco sobre el mundo real, a pesar de sus sobresalientes en materias técnicas. Les faltan conocimientos sobre los marcos históricos, sobre los detalles institucionales y los lenguajes políticos de las economías del mundo real. Los graduados terminan siendo “idiotas especializados”: pueden manipular los modelos matemáticos más complicados, pero no pueden traducir sus ideas a estrategias de negocio y políticas económicas en el mundo real.

Otra queja es que aun cuando los graduados tienen algo que decir sobre la economía del mundo real, su asesoramiento es incomprensible para aquellos que no son economistas: el grueso de su audiencia. Y siempre quedará la inquietante duda de que ese asesoramiento, sencillamente, pueda ser incorrecto.

No es coincidencia que los empleadores de economistas, que se han visto desalentados por la dirección de la economía académica durante años, empiecen a expresar públicamente sus preocupaciones después de la crisis financiera.

Para resumir llanamente, los estudiantes y muchos empleadores sienten que el típico graduado en ciencias económicas recibe una formación que es irrelevante para entender las economías reales, incomprensible para la audiencia que recibe asesoramiento económico y, a menudo, simplemente falsa.

### ¿Qué debe cambiar? – Regreso al futuro

Los estudiantes, los empleadores y muchos economistas de fuera de la academia han llegado a alcanzar un amplio consenso sobre los cambios necesarios.

Los estudiantes deben aprender más sobre el mundo real. Necesitan saber algo sobre el estado actual de la economía mundial, sobre la historia del capitalismo (incluida su historia financiera), así como información un poco detallada sobre sobre determinadas economías contemporáneas: por ejemplo, ¿por qué la economía china o la alemana son tan diferentes de la del Reino Unido?

Muchos observadores proponen el “pluralismo económico”: se debería introducir a los estudiantes a diferentes aproximaciones a la economía. Sólo la economía de libre mercado ya tiene tres variantes – la escuela Clásica (Adam Smith y David Ricardo), la escuela Austríaca (Friedrich Hayek) y la escuela Neoclásica que es la actual corriente dominante. Más allá de estas, hay muchas otras escuelas influyentes en el pensamiento económico incluyendo la Keynesiana, la Marxista, la Schumpeteriana, la Institucionalista, la Desarrollista y la Conductista. Todos estos modos diferentes de análisis han tenido sus fortalezas y debilidades, razón por la cual los estudiantes necesitan saber de cada una de ellas: porque un buen análisis de los complejos problemas del mundo real requiere más de una perspectiva analítica.

Otra sugerencia común es que los estudiantes necesitan un rango más amplio de habilidades empíricas. Hoy en día a los estudiantes solo se les enseña econometría (la aplicación de técnicas estadísticas sofisticadas a grandes bases de datos). Pero también deberían enseñarse las técnicas de la contabilidad nacional, de los balances empresariales, de las cuentas de los flujos de fondos, así como de las encuestas y las entrevistas. Estas herramientas son utilizadas de forma rutinaria en muchos puestos de trabajo que los estudiantes de economía ocupan una vez graduados.

Lo sorprendente sobre la mayoría de estas propuestas es que no son salidas radicales, sino un “regreso al futuro”: asuntos y competencias temas que hace un tiempo solían enseñarse en los

cursos de grado. Antes la economía se enseñaba como una serie de debates interrelacionados sobre las teorías alternativas y las diferentes recomendaciones políticas dimanantes de esas teorías. Impreciso, incluso lioso, pero útil. Esta aproximación a la enseñanza de la economía podría funcionar bien hoy: así es como se enseñan otras ciencias sociales, y no hay buenas razones para tratar a la economía de manera diferente. Pero la imagen de los grados modernos de economía es tan diferente, que es irreconocible para otros científicos sociales (e igualmente irreconocible para cualquiera que fuera estudiante de economía hace más de veinte años).

Por supuesto, los estudiantes también necesitan conocer ideas y teorías nuevas que no estaban por aquel entonces en los cursos. La economía conductista es una de las que se menciona frecuentemente; de hecho, está tan consolidada que difícilmente se la pueda calificar como nueva, pero, aun así, muchos cursos (como el de Cambridge) la ignoran completamente. Incluso los economistas convencionales que se molestan en introducir a la economía conductual a sus estudiantes, lo que les enseñan es una versión desleída, despojada de los elementos que contradicen la teoría económica dominante.

El psicólogo Daniel Kahneman, que ganó el premio Nobel por su trabajo en este campo, advirtió en el discurso de aceptación del premio (y en su libro *Thinking, Fast and Slow*) que la economía conductual ortodoxa es difícilmente reconciliable con su análisis de cómo la gente toma decisiones.

En los últimos años, las veces que nos hemos encontrado con personas que viven fuera de la burbuja académica, desde taxistas hasta gerentes de fondos de inversión, cuando han sabido que éramos economistas de universidad, a menudo nos han dicho lo mismo: “deberíais haber cambiado los cursos”.

Y siempre quedan sorprendidos cuando les explicamos que en Cambridge, como en cualquier otra universidad de elite, los planes de estudio de los grados de economía se han mantenido casi idénticos. Efectivamente, no ha habido ningún cambio, ni siquiera un reconocimiento marginal de que algo debe estar mal en las teorías económicas convencionales para que, entre otras cosas, no hayan podido detectar que la crisis financiera de 2008 estaba a punto de ocurrir y ni siquiera puedan explicarla satisfactoriamente *a posteriori*.

He aquí el rompecabezas: ¿por qué los planes de estudio no han cambiado, si muchos de sus “consumidores” –los estudiantes y los empleadores– están insatisfechos con la educación en economía y si hay un amplio consenso, y no tan radical, sobre los cambios requeridos?

### La economía como la ciencia del “todo”

El elemento más importante sobre la corriente dominante actualmente en la economía –y la fuente de orgullo de muchos de sus seguidores– es que no está limitada al estudio de nada en particular. En vez de definirse por un objeto de estudio, se define por sus herramientas de análisis (modelos matemáticos que mayoritariamente implican la optimización y el equilibrio).

El predominio de esta visión se debe a que los libros de economía más populares de los últimos años decían ir de “todo”. Los ejemplos más prominentes incluyen *Freakonomics* – probablemente el libro de economía más conocido de nuestro tiempo– y la serie de libros *Economic Naturalist* escritos por Robert Frank –el profesor de la Universidad de Cornell y columnista del *New York Times*– y cuyo subtítulo es *Por qué la economía explica casi todo* (¡menuda modestia!)

Esta extraña definición de la economía en términos de un conjunto de herramientas, y no en términos de su objeto de estudio, explica en muy buena medida por qué los economistas de la corriente dominante se resisten a la reforma del currículum académico. Han construido un

mundo kafkiano, y en ese mundo las propuestas de reforma deben rechazarse: si porque, la economía ya tiene herramientas para analizarlo “todo”, todo cambio es redundante. Del mismo modo, si las reformas implican temas que las teorías existentes no pueden explicar bien, también son rechazadas, porque sacarían el currículum académico fuera del dominio de la economía. Por ejemplo, cuando se les desafió para que introdujeran en el programa académico el estudio del comportamiento real de los comerciantes de títulos y bonos en los mercados financieros, los académicos partidarios del *statu quo* respondieron que, para empezar, sus modelos ya pueden modelar formalmente el comportamiento de los comerciantes “racionales”, y además, que el estudio empírico-descriptivo del comportamiento real de los comerciantes es un tema para sociólogos, historiadores o psicólogos.

En esta visión de las cosas, asignaturas como la historia económica y la historia financiera, o el estudio empírico de algunas concretas economías contemporáneas, constituyen también materias que sería mejor dejar fuera de la licenciatura. El grueso de los economistas convencionales (aunque no todos) reconocen el valor de estudiar estos asuntos, pero dado que en su comprensión de lo que es la economía resultan tan periféricos, creen que no hay que dejarles demasiado espacio en los cursos. Los profesores de los estudiantes noruegos que pidieron estudiar economías reales en sus cursos les respondieron que “nuestra tarea [la de los profesores] es proporcionaros un marco analítico; vosotros tenéis el resto de vuestras vidas para aprender las cuestiones de actualidad”.

Parte de la imagen que tienen los economistas actuales de sí mismos y de su disciplina académica es que el núcleo de la materia es una ciencia consolidada y verificada. En las fronteras de la investigación puede haber controversia e incluso agitación, pero el currículum de grado no necesita verse afectado, porque, para ellos, refleja y transmite el núcleo del consenso –o al menos el consenso sobre el conjunto de herramientas matemáticas– que emergió durante años de progreso continuo.

Desde esta perspectiva, enseñar economía en los grados como una serie de debates interrelacionados, pondría en el mejor de los casos a los estudiantes en un riesgo innecesario de acabar confundidos. Y en el peor de los casos, podría desorientarles sugiriéndoles problemas o descosidos en teorías que no los tienen (sí los tienen, no son de naturaleza tal, que merezca la pena comunicar a los estudiantes, siempre tan impresionables). Desafortunadamente, esta es la visión que ha hecho suya un grupo de economistas de la corriente dominante que sí quiere reformar un poco los programas de estudios académicos: el grupo COREprojet, cuyas propuestas fueron lanzadas recientemente en el curso de una conferencia organizada en el Tesoro del Reino Unido que gozó de una importante cobertura mediática. Asumir que la economía es una ciencia establecida o al menos insistir en que debe ser presentada como tal a los estudiantes para no confundirlos constituye un grave obstáculo atravesado en el camino de una verdadera reforma.

La economía académica, en cualquiera de sus escuelas de pensamiento, no está caracterizada por un progreso científico continuo solo porque los economistas quieran que lo esté. No es difícil encontrar economistas convencionales que son pedantes en relación a su conocimiento: basta pensar en todas las declaraciones, en los años anteriores a la crisis de 2008, que decían que los días de fluctuación económica e inestabilidad se habían acabado.

Incluso después de la crisis, muchos economistas mostraron una terquedad rayana en la arrogancia, negándose a reconocer los fallos centrales de la teoría. En una entrevista en 2010, en situación de profunda recesión, el premio Nobel Tom Sargent no quiso reconocer ninguna crítica estándar a la macroeconomía, sino que insistió en que las críticas mostraban una “lamentable ignorancia o una indiferencia intencional por gran parte del tema que trata la macroeconomía moderna y los logros que ha alcanzado”. Sargent añadió: “es sencillamente falso decir que esta crisis financiera pillara a los macroeconomistas modernos por sorpresa”.

Hay otro tipo de arrogancia a la hora de rechazar la reforma del currículum, especialmente en relación a las propuestas de robustecer la enseñanza de asuntos relevantes para el mundo real.

John Maynard Keynes dijo en una cita famosa que la economía debería ser como la odontología. Quería decir con esto que debía ser una profesión modesta, con vocación de suministrar servicios prácticos a los no economistas, en vez de darse el gusto de hacer grandes teorizaciones para sí misma. Desafortunadamente, muchos economistas académicos parecen tener una visión alternativa del mundo, construida desde una torre de marfil y según la cual la investigación “pura” es más prestigiosa que la investigación aplicada o la investigación relevante para la política, y la investigación es más importante que la docencia. Por esto, cuánto más distante está tu trabajo del mundo real, más arriba estás en la jerarquía intelectual.

Resultado: los cursos de grado de economía están concebidos y diseñados para preparar a los estudiantes que destinados a continuar sus estudios hacia una carrera académica, cuando lo cierto es que menos del diez por ciento tiene intención de seguir por esa vía. No importa que los estudiantes y los futuros empleadores encuentren que el grado de economía no se ajusta a su finalidad.

Dados la definición de la economía en términos de un conjunto de herramientas y la importancia acordada a la investigación “pura”, la reforma del currículum aceptable para muchos de los economistas convencionales es la que propone más matemáticas: las que resultan necesarias para una carrera académica.

Entre los economistas convencionales que aceptan la necesidad de cambio, la reforma más popular es la pasa por la introducción de modelos matemáticos de sistemas complejos no lineales: los tipos de modelos que, al menos *a posteriori*, han predicho la crisis financiera de 2008.

No hay duda de que esos modelos, y la investigación relacionada de econophysics, representan una nueva línea de investigación prometedora en la macroeconomía. Pero esto no los hace, ni en su versión simplificada, candidatos para una reforma del currículo. La mayoría de economistas graduados no tendrán contacto con estos modelos en sus carreras; unos pocos podrían necesitar, como mucho, entender sus ideas generales. Un funcionario en el Servicio Económico del Gobierno expresó los requisitos para el grupo de forma concisa: “los economistas del gobierno necesitan saber cómo conducir el coche, no como construirlo”.

Este argumento se aplica en general a la enseñanza de modelos en los cursos de grado: el foco debe centrarse en la enseñanza de las ideas y mecanismos subyacentes que constituyen los modelos, más que en la pericia para derivar todos los resultados matemáticamente. Formar a los estudiantes en cómo manipular estos modelos toma una enorme parte del tiempo de la enseñanza: este tiempo podría ser reasignado a enseñar los nuevos temas y las habilidades mencionadas antes.

### **La mala economía nos afecta a todos**

Los economistas convencionales se resisten tan tenazmente a la reforma de la enseñanza en la economía porque la ven como una amenaza. Es como pedirle al clero católico del medievo que enseñara a sus nuevos estudiantes diferentes interpretaciones de la Cristiandad, que dejaran de enseñar exclusivamente en latín para hacerlo en lenguas vernáculas y que animaran a desafiar la autoridad intelectual y moral de la Santa Sede. No es de extrañar que los economistas convencionales se opongan con uñas y dientes a la reforma, también quienes que dicen estar interesados en ella.



Pero esto, ¿qué tiene que ver con la gente de fuera de la burbuja académica? ¿Por qué importa que estas ratas de biblioteca que están haciendo grados en economía pasen por un conjunto de aros y no por otro?

La reforma en la enseñanza de la economía es un tema que no solo afecta a los estudiantes de economía. El actual currículo frustra a miles de estudiantes brillantes que empezaron estudiando economía creyendo que aprenderían algo útil para hacer del mundo un sitio mejor y en vez de eso se encontraron aprendiendo un sucedáneo de teoría que va de “todo”. El cinismo sobre la finalidad de la economía lleva a muchos de los estudiantes más inteligentes hacia carreras en la banca de inversión. Para los empleadores que contratan economistas con titulaciones de primera clase el plan de estudios actual perjudica sus resultados porque han visto que los estudiantes poseen aptitudes muy limitadas, carecen de pericia comunicativa y tienen escaso conocimiento del funcionamiento de las economías reales.

Por encima de todo, el futuro de la enseñanza de la economía es, al final, un problema para todos nosotros porque lo que los economistas aprenden en sus estudios universitarios sesgará después importantes decisiones políticas que afectan de manera fundamental a nuestras vidas: la desregulación financiera, los recortes en bienestar, los precios del gas o la reforma de la sanidad pública. Es hora que todo el mundo se involucre en este debate.

**Ha-Joon Chang** y **Jonathan Aldred** son profesores de economía en Cambridge University. Un libro de Chang, *Economics: The User's Guide*, acaba de salir de imprenta. Aldred es autor del libro *El Economista Escéptico*.

*Fuente:* <http://www.theguardian.com/business/2014/may/11/after-crash-need-revolution-in-economics-teaching-chang-aldred>

### 3) Matías Vernengo: “Los debates sobre el ‘capital’: una breve introducción”

He estado enseñando sobre los debates del capital en las últimas semanas, así que aquí están algunas reflexiones basadas en mis notas de para las clases y las lecturas recomendadas (ver más abajo). Los debates sobre el capital son todavía un capítulo misterioso en la historia del pensamiento económico. Casi todo el mundo acepta que los británicos (opuestos a los de Massachusetts) de Cambridge ganaron el debate, algo que Paul Samuelson reconoció desde el principio [1]. Aún así, nadie parece entender cabalmente las implicaciones y relevancia del propio debate. Normalmente se asumen que los debates del capital se referían simplemente a problemas de agregación, y que el uso de funciones de producción agregadas y que mediciones agregadas de capital son todavía justificables, en aras de la simplificación. Sin embargo, contrariamente a este punto de vista, los debates sobre el capital no fueron meramente sobre la posibilidad de elaborar mediciones agregadas

Los debates sobre el capital están asociados a la noción misma de capital. Los autores sobre economía política clásicos, desde William Petty hasta Karl Marx, pasando por Quesnay, Smith y Ricardo, trataron el proceso de producción como un proceso circular. En este contexto, el capital es un medio de producción producido [2], en vez de un factor de producción usado en el proceso final de obtención de bienes. El resultado más importante de los debates sobre el capital es que, una vez el capital es definido como un medio de producción producido, no existe una relación directa entre la relativa abundancia o escasez de los medios de producción y su remuneración. La distribución, en otras palabras, deja de estar regida por la oferta y la demanda.

Desde la Revolución Marginalista, y el auge de la llamada escuela neoclásica, la noción de que los precios relativos están determinados por la oferta y la demanda, y que estos reflejan la

relativa abundancia o escasez de todos los bienes o servicios -incluyendo los factores de producción- se convirtió en lo convencional. Como resultado, la oferta y la demanda de capital se convirtieron en la determinación de la remuneración del capital. Cuanto más abundante es el capital, menor su remuneración, y vice versa si escasea. El conflicto no tiene ningún lugar aquí en la determinación de la distribución, y las clases sociales desaparecen totalmente del análisis.

Además, la sustitución conduce hacia la plena utilización de los recursos y de sus opciones de asignación. Si cuando el capital es escaso y caro, y la mano de obra es abundante y barata, los agentes económicos sustituirán mano de obra por capital y así aprovechar plenamente la el trabajo. Así, apesar de la abundancia de mano de obra, su bajo precio respecto al capital, conducen al pleno empleo a través del principio de sustitución. De hecho, los mercados sin restricciones de ningún tipo llevan al mejor de los mundos posibles.

Esta es la logica del principio de sustitución, basado en el principio de escasez relativa que los debates sobre el capital dejaron destrozado. Contrario al cuento neoclásico, los debates sobre el capital mostraron que no es posible obtener una incuestionable relación entre remuneración y escasez relativa. Por ejemplo, asumamos que tenemos dos mercancías producidas con capital y mano de obra, y se puede asegurar que hay más capital que mano de obra en el mercado. En este caso, como el capital es más abundante los salarios reales caen en relación a los beneficios, el capital será más usado, y serán producidos más bienes que necesiten un uso intensivo de capital. Sin embargo, es posible que uno de los bienes sea más intensivo en capital en niveles altos del salario real, y que el otro se convierta en el bien intensivo en uso de capital en niveles bajos la mencionada relación.

En esta situación, sería posible que al caer los salarios reales en relación a los beneficios, aumente el empleo de mano de obra, y que se produzcan más bienes intensivos en mano de obra. En otras palabras, se reducirá la dependencia del capital y los beneficios caerán con la consecuente reducción del uso del capital. La sustitución va en la dirección errónea, por decirlo así, y es demandado una mayor cantidad del factor escaso. Un simple ejercicio algebraico puede ayudar a entender la cuestión.

Asumamos que hay dos métodos de producción, asociados a la producción de capital (acero) y el consumo (maíz) de bienes respectivamente. Los precios son determinados por:

$$(1) pc = wl + rpk$$

$$(2) pk = wl + rpk$$

en donde los subíndices se refieren al consumo y capital, l y k son los coeficientes técnicos de la producción, y w y r son los salarios reales y el ratio de beneficios. Usando pc como numerador y aislando pk obtenemos:

$$(3) pk = (1 - wl) / r$$

De (3) y (2) inferimos:

$$(4) [(1 - wl) / r] = wl + rpk$$

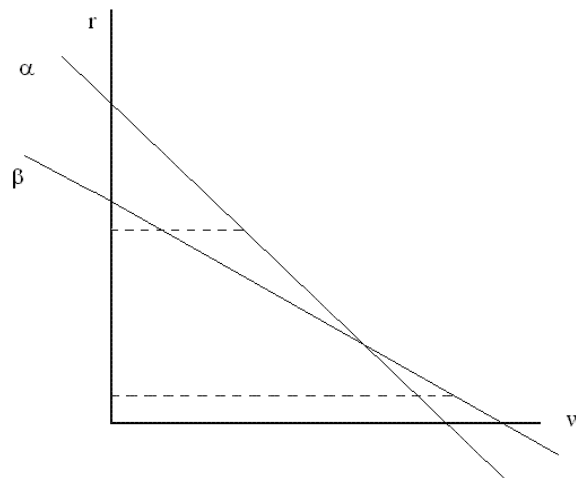
Simplificando y aislando w, obtenemos:

$$(5) w = (1 - rpk) / [1 + (l - lk) / r]$$

Si la expresión en el denominador es igualada a cero, obtenemos una relación lineal entre salarios y beneficios. A esta asunción se refiere Samuelson (1962, p. 225, n. 7) se re como

asunción equi-proporcional. El Cuadro 1 muestra las diferentes combinaciones técnicas posibles:

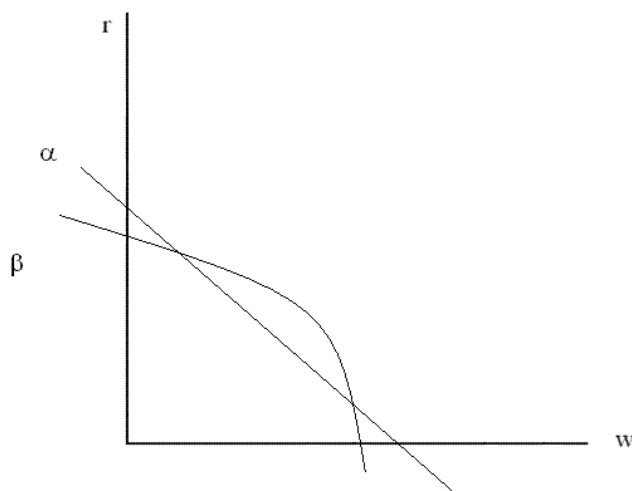
*Cuadro 1*



La empresa escoge la opción con una ratio de beneficios más alta dado el salario real, lo que implica que a medida que los beneficios caen, las empresas deben escoger una producción más intensiva en el uso del capital (b en este caso). De este modo, el cuento neoclásico funciona; existiría una relación inversa entre el factor usado con más intensidad y su remuneración.

Una vez se rechaza la aceptación de la equi-proporcionalidad entre capital y trabajo en los sectores de producción de bienes de capital y consumo (lo que significaría, en terminología marxista, la misma composición orgánica de capital en los dos sectores), la relación lineal entre los salarios y los beneficios deja de existir.

*Cuadro 2*



En este caso, tenemos dos cambios: a elevados niveles de tasa de beneficios, las empresas escogen la opción tecnológica a, la cual es más intensiva en mano de obra; y al ir cayendo la

tasa de beneficio cambian a la opción b, más intensiva en capital, tal y como predice la economía neoclásica. Sin embargo, a niveles aún más bajos de la tasa de beneficio, las empresas vuelven a cambiar a una tecnología más intensiva en mano de obra. El segundo cambio técnico y la reversión de la dependencia del capital son el resultado de rechazar la asunción de equi-proporcionalidad, que es lo que uno esperaría en un mundo con muchos bienes.

Las implicaciones de la teoría neoclásica no pueden ser exageradas. Primero y más importante, no existe relación entre la escasez relativa y la remuneración de los factores de producción y, como resultado, la distribución no es solo producto de las fuerzas de mercado. Es más, no existe garantía alguna de que todos los recursos sean plenamente utilizados. [3]

Debe apuntarse que, aun cuando los debates en torno al capital versan fundamentalmente sobre la coherencia lógica de la perspectiva neoclásica, los resultados de este debate tienen importantes implicaciones empíricas. La teoría neoclásica realiza predicciones muy comprometidas en relación con el efecto sustitución y la relación entre la escasez relativa y la remuneración. Aunque los debates sobre el capital sugieren que algunas de esas predicciones pueden no ser consistentes, razón por la cual cabe esperar su inexistencia en el mundo real.

La predicción más obvia es la relación inversa entre inversión (intensiva en capital) y tasa de interés (su remuneración). Como es bien sabido, hay pocas evidencias de que la inversión sea sensible a las variaciones de la tasa de interés real. En un curioso repaso de los estudios empíricos realizados sobre los determinantes de la inversión, Rober Chirinko (1993, p. 1906) argumenta que “la respuesta de la inversión a la variación de los precios tiende a ser pequeña e insignificante en relación a las variables cuantitativas.” En otras palabras, la tasa de interés tiene un escaso efecto en el aumento de la formación de capital, y el efecto sustitutivo, que implica que los agentes utilizarán el factor de producción más barato, no es realmente operativo. Además, las evidencias empíricas sugieren que la inversión reacciona a las variables cuantitativas, es decir, al nivel de actividad. Eso sugiere que los efectos del ingreso tienden a ser mayores que los efectos sustitutivos, y que una empresa que se enfrenta a menor demanda no invertirá en bienes de capital, aun cuando la tasa de interés sea muy baja. Estos resultados demuestran la relevancia empírica de los debates sobre el capital. [4]

Igualmente, los debates sobre el capital subrayan la inutilidad de usar funciones de producción agregadas para medir el crecimiento y la productividad real de la economía. Los problemas teóricos con las funciones de producción agregadas, asociadas a la noción de capital como un recurso escaso, se ven agravados por la imposibilidad de despegar este concepto de la estructura de distribución funcional del ingreso (Felipe y Fisher, 2003). En otras palabras, si se estima una regresión de los ingresos sobre el capital y la mano de obra, como hacen a menudo quienes usan funciones de producción agregadas, necesariamente se concluye que el ingreso crece porque el capital y la mano de obra aumentan. Además, los cambios en la distribución del ingreso también afectan al crecimiento del ingreso, ya que el ingreso total (sin impuestos) es por definición el resultado de multiplicar los salarios por la mano de obra utilizada en la producción más el capital multiplicado por su remuneración.

En este sentido, los debates del capital destruyen los fundamentos teóricos de la economía neoclásica, y suministran una importante prueba empírica de que esos modelos neoclásicos y sus resultantes recetas de política económica deben ser vistos con, cuando menos, una sana pizca de escepticismo.

Enfretados a la imposibilidad de usar la noción de capital agregado y el principio de sustitución, la economía neoclásica optó por aplicar el principio de sustitución a cada tipo de bien de capital, tomado como un factor distinto de producción, y usar el modelo Arrow-Debreu de equilibrio general intertemporal (Garegnani, 1976; Milgate, 1979). La idea de equilibrio

intertemporal, en la cual el capital es tratado como un factor de bienes de capital heterogéneos, fue en primera instancia desarrollada por Eric Lindahl y después popularizada por John R. Hicks en los años 30; Arrow y Debreu se sirvieron de ella en los 50, luego de los debates sobre la noción de capital dominante en el pensamiento doctrinal de la corriente principal.

El problema con el uso de bienes de capital heterogéneos es que implica un cambio en los métodos tradicionales de la economía. Los modelos normales de equilibrio general están asociados a tasas de beneficios uniformes; sin embargo, cuando se trabaja con bienes de capital heterogéneos que no son substitutivos entre sí, se torna necesario descartar la noción de equilibrio a largo plazo. En los modelos de Arrow-Debreu, todos los precios son precios a corto plazo, asociados a diferentes rentas para cada bien de capital, y ningún cambio en los datos del sistema —las preferencias, la tecnología y la información dada en las dotaciones iniciales— afecta a la dirección en la que la economía se ajusta (Petri, 2003)

En otras palabras, las fuerzas competitivas que dirigen a los capitalistas hacia esos sectores con mayor remuneración y establecen una uniforme tasa de beneficio no operan en el mundo walrasiano [5]. Por lo tanto, los modelos walrasianos son incapaces de determinar tendencias del mundo real, un defecto que no se ve mitigado por la introducción de imperfecciones (Stiglitz, 1993, p. 109), lo que Stiglitz llama el paradigma post-Walras y post-Marx. Lejos de aumentar el realismo de los modelos, el unirlos solo complica los resultados excepcionalmente subrealistas del primero.

La información imperfecta, y otras imperfecciones relacionadas como la rigidez de los precios o la falta de racionalidad, una vez introducidas, hacen del modelo Arrow-Debreu un instrumento incapaz, no sólo de generar soluciones Pareto-eficientes, sino hasta de arrojar un mero equilibrio de mercado, ya que algunos mercados pueden que no existan. Además, la introducción de imperfecciones deja a los modelos agregados con resultados subóptimos. Unos resultados subóptimos en presencia de imperfecciones sugeriría que, en su ausencia de esas imperfecciones, los mercados todavía podrían generar resultados óptimos [6].

Algunos autores tienden a confundir la inclusión de imperfecciones —y el tácito apoyo a la intervención política que de ellos se desprende— con una ruptura con el pensamiento ortodoxo. Lo cierto es que, aun cuando conceden cierta flexibilidad para la introducción de medidas políticas, todavía se sustentan en la teoría ortodoxa [7]. Los debates del capital, por el contrario, muestran claramente que los mercados libres de imperfecciones y rigideces tampoco conducen a resultados eficientes.

Enfrentados, por un lado, con los problemas lógicos dimanantes del hecho de que de que los modelos neoclásicos agregados resultan enigmáticos y, por otro lado, con la irrelevancia de los modelos de equilibrio general, los economistas neoclásicos hicieron lo que cualquier agente racional haría: no hacer caso de las críticas y seguir como si nada pasara con sus nocivos resultados. Sin embargo, un desarrollo novedoso, por no decir peculiar, terminó generando una división del trabajo dentro de la economía neoclásica. Los modelos agregados fueron utilizados en la enseñanza y en las decisiones políticas, mientras que los modelos Arrow-Debreu fueron apartados por los autores neoclásicos cuando empezaron a tener dudas de la consistencia matemática de esos modelos. Resultado: se abrió un gran hiato entre el estudio de la consistencia lógica y las discusiones sobre la relevancia empírica en el mismo núcleo de la ortodoxia económica.

El grado de fragmentación —como Roncaglia (2005, p. 468) acertadamente expresa— y la confusión en el pensamiento de la ortodoxia académica dominante actual es el resultado de esa incongruencia, no sólo, como suele decirse, del fracaso del “consenso keynesiano”. El colapso de las certezas que había traído consigo el triunfo académico de la vieja escuela neoclásica ha degenerado la cínica defensa ahora habitual de las políticas de libre mercado. El

regreso a la economía vulgar, “pegada a las apariencias... [y] convencida de que la ignorancia es una razón suficiente” (Marx, 1867, p. 307) se ha completado.

### Notas:

[1] Véase Samuelson (1966). Una posición típica es la de Robert Lucas (1988, p. 36) que acepta la victoria británica, pero continua como si tal cosa usando las funciones de producción agregadas en el mismo artículo.

[2] Para Marx (1867, p. 189) el capital también involucra una relación social entre los propietarios de los bienes de producción y aquellos que venden su fuerza de trabajo. Para él, el capital “solo puede surgir, cuando el propietario de los bienes de producción se encuentra en el mercado con el trabajador libre que vende su fuerza de trabajo.”

[3] Ambos resultados son importantes, por ejemplo, para la posibilidad keynesiana de un equilibrio de subempleo. Keynes' (1936, p. 243) subraya que la irrelevancia de la tasa natural de interés no sólo implica que la oferta y la demanda de capital (fondos prestables) no determinan la tasa de interés de equilibrio, sino que implica también que la tasa convencional de interés puede ser fijada a un nivel que traiga consigo un desempleo persistente.

[4] Análogamente, la evidencia empírica parece contradecir la noción de que unos salarios más altos llevarían a la sustitución del trabajo por otros factores de producción más baratos. El caso paradigmático es el bien conocido estudio del sector de comida rápida en Nueva Jersey, que halló una correlación positiva entre el salario mínimo y el empleo (Card y Krueger, 1995).

[5] Que de los modelos de Equilibrio General no se infiere la idea de que la abundancia de un factor de producción irá ligada a una remuneración más baja de ese factor, lo mostró Bliss (1975).

[6] Lo mismo vale para Bowles y Gintis' (1993, p. 84) y su idea de que los intercambios de mercado son intercambios frecuentemente contestados y los costes de hacerlos endógenamente valederos no son cero: hay pues conflictos de interés entre las partes que intercambian. Si no hubiera, pues, ese tipo de costes, se impondrían los resultados de Arrow-Debreu. Hay que observar que toda la bibliografía económica post-walrasiana presupone una continuidad entre los autores de la economía política clásica y la teoría económica postmarginalista, lo que significaría que no hay diferencias significativas entre Smith, Marx, Walras y Arrow.

[7] Colander et al. (2004), por ejemplo, parecen sugerir que muchos de los desarrollos post-walrasianos pueden verse como una ruptura con la ortodoxia. Para una crítica, véase Vernengo (2010).

### Lecturas complementarias:

- Bliss, Christopher (1975), *Capital Theory and the Distribution of Income*, Amsterdam and New York: Elsevier North-Holland.

- Bowles, Samuel and Herbert Gintis (1993), 'The revenge of homo economicus: Contested exchange and the revival of political economy' *The Journal of Economic Perspectives*, 7(1), 83-102.

- Card, David and Krueger, Alan (1995), *Myth and Measurement: The New Economics of the Minimum Wage*, Princeton: Princeton University Press.

- Chirinko, Robert (1993), 'Business fixed investment spending: Modeling strategies, empirical results, and policy implications', *Journal of Economic Literature*, 31(4), 1875-1911.

- Colander, David, Rick Holt, and J. Barkley Rosser Jr. (2004), "The changing face of mainstream economics," *Review of Political Economy*, 16, pp. 485-99.

- Felipe, Jesus and Franklin Fisher (2003), 'Aggregation in production functions: what applied economists should know', *Metroeconomica*, 54(2-3), 208-262.

- Garegnani, Pierangelo (1976), 'On a change in the notion of equilibrium in recent work on value: a comment on Samuelson', in M. Brown, K. Sato and P. Zarembka (eds), Essays in Modern Capital Theory, Amsterdam: North-Holland.
- Heim, John J. (2009), 'Which Interest Rate Seems Most Related to Business Investment?', American Society of Business and Behavioral Sciences E-Journal, 5(1), February.
- Keynes, John M. (1936), The General Theory of Employment, Interest and Money, New York: Harcourt Brace.
- Lucas, Robert (1988), 'On the Mechanics of Economic Development,' Journal of Monetary Economics 22 (1), pp. 3–42.
- Marx, Karl (1867), Capital, NY: International Publishers. Capital, NY: International Publishers.
- Milgate, Murray (1979), 'On the origin of the notion of 'intertemporal equilibrium', 'Economica, 46(181), 1-10. Economica, 46(181), 1-10.
- Petri, Fabio (2003), 'A 'Sraffian' critique of general equilibrium theory, and the classical Keynesian alternative', in F. Petri and F. Hahn (eds), General Equilibrium: Problems and Prospects, London and New York: Routledge, pp. 387-421.
- Samuelson, Paul (1962), "Parable and Realism in Capital Theory: The Surrogate Production Function," Review of Economic Studies, 29(3), pp. 193-206.
- Samuelson, Paul (1966), 'A summing up,' Quarterly Journal of Economics, 80(4), 568-583. Quarterly Journal of Economics, 80(4), 568-583.
- Vernengo, M. (2010), 'Conversation or Monologue? On Advising Heterodox Economists,' Journal of Post Keynesian Economics, 32(3), pp. 389-96.

**Matías Vernengo** es profesor de Bucknell University, anteriormente profesor asociado de economía en la University of Utah, y economista investigador en el Banco de Argentina. También ha dado clases en Kalamazoo College, en la Universidade Federal do Rio de Janeiro y en la Universidad Nacional de San Martín. Fue profesor invitado en la Université de Bourgogne, y ha desarrollado labores como consultor externo de la OIT (Organización Internacional del Trabajo, con sede en Ginebra), en el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe y en la UNCTAD (Conferencia de Comercio y Desarrollo Naciones Unidas).

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info) por: Laura de la Villa y Ayoze Alfageme

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores.